

DON QUIJOTE

Los jugadores del coin



¿Meterá la bola?

La inmoralidad en Cuba.



¡Música! ¡Música!



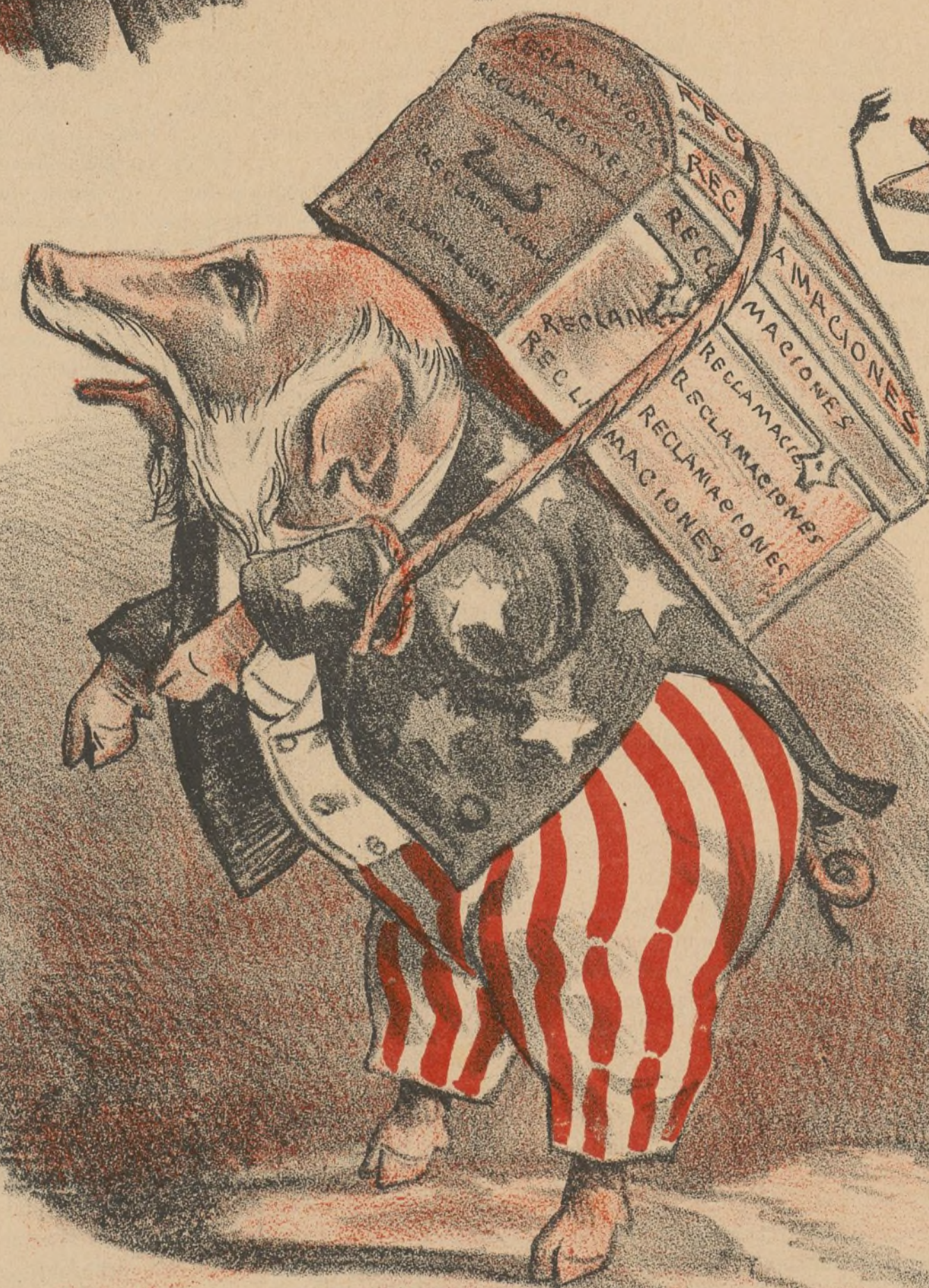
¡No lo entiende usted! ¡No lo entiende usted!



A la luna de Valencia.



El Hércules moderno.



El equipaje de Mr. Woolford.



Mañana del Señor



-Donde digo digo, no digo digo, sino que digo D'iego

Ayuntamiento de Madrid

hierguen muestran una faz humana: es que son hombres en efecto. Cuando llega la noche se ocultan en cuevas, en las que viven de pan negro, de agua y de hierbas: ellos ahorran á los otros hombres el trabajo de sembrar, de labrar y de recolectar para vivir: carecen de todo, sin embargo. Merecen, siquiera, que no se les niegue el mismo pan elaborado por ellos.

—Érase que se era como una isla muy vasta y muy florida—allí mismo donde estuvo asentado el paraíso—en la que había dos calidades de hombres: unos que hablaban mucho y holgaban siempre, y otros que trabajaban sin descanso y que en la terca ocupación de sus brazos y sus piernas, apenas si les quedaba tiempo para darse cuenta de tamaña injusticia y poderse contar unos á otros los rigores de su suerte desdichada. Y era de notar que precisamente la riqueza aflúa á la casa del ocioso, mientras que en la del obrero no podía contemplarse otra visión que la de la miseria, permanente, con sus dientes largos amarillos.

Así transcurrieron muchos años, muchos, tantos que como los granos de arena de la playa, ningún mortal pudo jamás contarlos. Hasta que pasó por allí un Dios bueno que, arrancando de cuajo aquella Atlántica florida y maldita, la sepultó para siempre en lo más hondo del Océano; pero del mismo mar brotó un nuevo y hermoso continente, adornado de una flora sin espinas, de una fauna sin tigres ni alimañas feroces y de una humanidad sin organismos parasitarios. Solo que ya me había pronosticado la negra hada de mis años juveniles que yo no habría de conocer esa soberbia Atlántica de su cuento. Y por eso yo no río nunca voluntariamente, y por eso también estas cuantas líneas terminan con una imprecación de rebeldía. Porque yo estoy condenado al bárbaro suplicio, de enamorado, vivir ¡siempre! lejos de mi ideal, y hombre libre agitar me en una sociedad de verdugos y de esclavos.

ALEJANDRO SAWA.

QUISICOSAS

—¿Cómo está el niño, Pilar?
—Se encuentra en el mismo estado.
—¿Y el doctor qué le ha mandado?
—Que tome baños de mar.
—¿Bañarle en el mar quisiera, mas por no poder me aflijo; ¿estoy muy pobre!

—¿Y el hijo vas á dejar que se muera?
—Se morirá, ¡ya lo creo! si es que en el mar no se baña.
—¿Cuántos niños en España toman baños por recreo!

—Pancha, te encuentras muy mal; la causa no la adivino.
—Es porque tengo un vecino que es mi enemigo mortal.
—¿Tu enemigo mortal?

—Sí.
—Pues, Pancha, no tengas miedo, hazte fuerte.

—Ya no puedo, porque con él débil fui.
—¿Luego has perdido el honor?
—El honor no lo he perdido, pero está comprometido.

—Yo seré tu salvador.
—Si al vecino echo la vista, los dientes le enseñaré...
—De dientes no le hable usted, que hay de por medio un dentista.
Y hablar de eso un gran perjuicio á mí me puede causar, porque me quieren sacar... ¡hasta la muela del juicio!

A Cuba, según se dice, van á mandar más soldados; la guerra de Filipinas se encuentra en el mismo estado; los políticos de pega sólo *lurón* van buscando; las contribuciones suben y son muchos los embargos; el comercio se halla muerto, la industria está agonizando, la inmoralidad aumenta, no encuentra el pobre trabajo; la usura, á la orden del día; el pan se vende muy caro; los carlistas, según cuentan, se quieren echar al campo. Y en fin, tan sólo nos falta, para completar el cuadro, que nos haga una visita el cólera morbo asiático.

—¿Y el chico?

—Regresó ya

de Cuba. Inútil está.

—¿Y le han colocado?

—No.

—Pues, verá al ministro yo y el chico...

—¡Inútil será!

VICENTE RUBIO.

¡OH, SÁNCHEZ TOCA!

Vivimos en pleno motín, en pleno desorden. Da gusto leer estos días los periódicos. Los barrios extre-

mos de Madrid declarados en rebeldía. Aquí palos, allí tiros, allá pedradas. ¡Todo el hermoso espectáculo de las algaradas populares!

El señor Sánchez Toca es merecedor de toda clase de aplausos. A él y sólo á él le debemos la satisfacción de tan agradable divertimento.

La vida en Madrid iba haciéndose aburridísima. Ausente la corte, ausente el señor Cánovas, ¿qué hubiera sido de nosotros á no ser por el señor Sánchez Toca?

Pero ese hombre que está en todo, doliéndose de nuestra situación, ha lanzado á la calle á esas pobres mujeres de las zonas para procurarnos alguna emoción y divertirnos un tanto.

El y Canuto son merecedores de todo nuestro agradecimiento.—Parodiando una hermosa frase, podríamos decir que si Sánchez Toca no existiera, habría que inventarlo.

Estos conservadores están dejados de la mano de Dios. Toda su política—si á esto puede llamarse política—se reduce á crear conflictos y más conflictos, enamorados de la catástrofe.

No le bastaba al Sr. Sr. Sánchez Toca con haber establecido el llamado concierto de las zonas, y ahora intenta arrendar el impuesto de consumos.

Inútil es que los periódicos llamen á la razón al Gobierno y le prevengan de los peligros de que estamos amenazados si prevalecen las iniciativas de nuestro gran alcalde.

El Gobierno, cegado por el afán del dinero, hace oídos de mercader á todos los razonamientos de la lógica.

Estamos, pues, amenazados de que los motines de estos días se reproduzcan con caracteres de mayor gravedad.

Sea lo que el Gobierno quiera. Pero no olviden los señores ministros aquella sabia observación de no recordamos quién:

«Se sabe como puede principiar un motin, pero no se sabe como puede acabar.»

¡Oh, si, entonemos un himno en honor de Sánchez Toca, esa nueva Providencia de los madrileños! Gracias á él, la vida en Madrid es menos insoponible.

Los madrileños, agradecidos, debiéramos dedicarle una estatua en la Puerta del Sol, en el lugar que ocupa la *graaan* farola.

Sí, una estatua á él y otra á Canuto.

COPLAS REMENDADAS

En un perchero cambié
mi gabán por otro nuevo...
fue un error, pero me vino
como llovido del cielo.

Antes de casarnos, Juana,
le pedí á tu padre cuartos.
Me dió un cosecorón y dije:
No hay atajo sin trabajo.

Por darte una alhaja falsa
tu madre á poco me muerde.
*¡A caballo regalado,
nunca se le mira el diente.*

No te cases, niña hermosa,
con ninguno que haga versos,
que nunca tienen dos reales
para hacer bailar á un ciego.

Se me murió un tío en Cuba
que me dejó muchos cuartos.
¡Vinieron como pedrada
en ojo de boticario!

No te fíes de los hombres,
mi querida Filomena,
que en este pícaro mundo
aquel que no coge rueda.

Hay algunos tan valientes
que en un dos por tres se casan,
sin importárseles que
salga pez ó salga rana.

Estando cazando un día
divisé por una loma
un torito, y al instante
puse piés en polvorosa.

Siempre que viene el casero
con el recibo del cuarto,
al cojer el recibo
cojo el cielo con las manos.

Existiendo en este mundo
tantas y tan buenas cosas,
riete cuando te digan:
«Contigo pan y cebolla».

ANGEL CERROLAZA.

D. FRANCISCO SILVELA

Traje negro, barba negra, ojos negros, cabello negro, sombrero negro y dientes blancos.

Es un carbón que sonríe.

Así salió del partido conservador, tiznando á todo el mundo.

Por lo pronto se dedicó á la tarea de todos los desocupados: hacer *Tiempo*.

Y como el tiempo español no es oro, el carbón está que echa chispas.

Pudo ser un pensador, estudiando las cuestiones so-

ciales y políticas de este fin de siglo, y se dedicó á estudiar á Santa Teresa. Es un retórico más.

Fundó el partido de la moralidad política, dando muestra de no comprender que el hombre no es nada y la organización lo es todo.

En cambio cuidó mucho de que su partido tuviera mucha vis cómica, para lo cual eligió como lugarteniente al *chisporroteante* Rancés, y como individuos del partido á cuantos ricos quisieron seguirle.

Un partido de ricos que tiene por enseña la moralidad, se parece á una comunidad de monjas enclaustradas que predica la castidad.

Que salgan del claustro y hablaremos.

Debe creer, como dicen en *El pavo de boda*, que «los amigos son para las mordeduras»; porque usa de ellos, como los pájaros del tronco, para afilar el pico.

Su voz es estridente; parece, cuando él habla, que están rasgando madapolán.

Y lo que rasgan es la piel de Romero Robledo.

Cuando se separó de Cánovas fue un mal día para Don Antonio.

No recordamos si la causa fue algún cólico ó algún rasgo de ingenio de Linares Rivas; ello es que Cánovas estaba pálido, ojoso, mustio y alicaído. Silvela le miró atentamente, dijo para su capote: Esto va por la posta; y pidió la palabra.

«Porque la moralidad... yo he soportado al Sr. Cánovas... etc.»

Pero hete aquí que D. Antonio se dedica á cuidarse, está cada día más fortachón y saludable, y Silvela se desespera como si fuera el médico de D. Antonio.

—Este hombre debe de estar tomando el aceite de hígado de bacalo—dice Rancés—y añade por lo bajo: —y nosotros bacalao solo.

Y Silvela sigue sonriendo sin gana, por lo cual le duelen los zigomáticos cuando se acuesta.

Pero todas estas amarguras las ofrece en holocausto á su diosa, á su musa, á su ídolo, la política.

A la política lo sacrifica todo: reposo, amistades, bufete, literatura.

Zola pone todos sus amores en la madre Tierra.

Castelar en la madre Patria.

Silvela en la madre Política.

LANZADAS

En Tánger han sido agredidos por los moros dos españoles, resultando uno de éstos contuso.

Ya estamos viendo a Martínez Campos al frente de 20.000 hombres dispuesto á lavar la ofensa.

Sin perjuicio de convidar á café á Muley Araaf y al Santón de la Puntilla.

Un periódico de Zaragoza publica un artículo atribuido á la pluma del Sr. Moret, y en él se dice lo siguiente:

«Impotentes conservadores, es ya llegado el momento de que los liberales se encarguen del poder. Hoy existe la oportunidad. Habrá pasado al caer las hojas de las plantas. Dejamos cumplido deber nuestro, y después... Dios sobre todo.»

¡Anda, anda! ¿Con que ha llegado el momento? Nos parece que no.

Ha llegado el momento de todo menos de que los liberales se encarguen del poder.

Y si no que lo diga Silvela, que también asegura haber sonado la hora.

Y si que ha sonado.

Por algo ha sorprendido alguien al Sr. Cánovas con las manos en la cabeza.

El motín de las zonas amaina. Más vale así.

Puede D. Antonio veranear en paz.

Aparte de, que como el jaleo ha sido en el extrarradio, según aseguraba anteayer Sánchez Toca, no se han enterado las *gentes sensatas*.

El Sr. Azcárraga ha concluido por confesar que hace falta enviar á Cuba refuerzos.

Y DON QUIJOTE propone estas levas que darán contingente elevadísimo:

De *sportsman* sin oficio ni beneficio.

De concejales que hallan sido sumariados por *algo* ó que merezcan serlo.

De hampones con cara de Morlesín.

De bufones regios con disfraz de poetas.

De patriotas al 10 por 100.

Y de los parientes de Castellano.

Un periódico dice haberse observado en la frontera portuguesa la presencia de algunos republicanos del reino vecino.

D. Antonio lee esto y rompe á cantar:

«Dicen que vienen los rusos por las ventas de Alcorcón...»

Cánovas pasea por los alrededores de Santa Agueda. Un chico haraposo, tostado y sucio se acerca á pedirle una limosna. D. Antonio le da cinco céntimos, y el chico mira y remira y hace sonar la moneda.

D. ANTONIO.—¿Por qué haces eso?

MUCHACHO.—Porque el boticario dice que es usted Cánovas... y no me fio.

Hemos recibido el primer número del *Tío Paco*, ingeniosísimo periódico, escrito con la gracia de Dios... y la de Sánchez Pérez.

Bien venido sea el nuevo colega, al que deseamos—que reviente Castellano si mentimos!—todo género de prosperidades y bienandanzas.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.